

2156-F-19

*Luis Augusto Arcay*

**Rómulo Gallegos,  
Imagen y Trayectoria  
de su Obra**

MADRID - 1978



2156-F-19

*Luis Augusto Arcay*

**Rómulo Gallegos.  
Imagen y Trayectoria  
de su Obra**

Nº 113-96A  
D.

MADRID- 1978

MARC 11945

Para el distinguido  
amigo, Don César Navarro  
de Francisco, idóneo Presidente  
del Ateneo de Madrid.

Cordialmente,

L. Luque

Madrid  
octubre 1986

2156-F-19

Conferencia pronunciada en el Ateneo de  
Madrid el 3 de julio de 1978.

Hizo la presentación, el Secretario Gene-  
ral del Ateneo, Académico Señor Don Joaquín  
del Val.

Antes de iniciar el bosquejo que os haré de una de las existencias más preclaras de nuestra historia literaria, don Rómulo Gallegos, os señalo que mis palabras sólo serán una breve interpretación de lo que fue el ilustre maestro dentro del mundo de las letras hispanoamericanas y, singularmente, de mi patria. Como habréis de imaginar, no es fácil recorrer en el breve espacio de una charla los senderos que llevan desde el alba hasta el ocaso de su vida, el estudio de su obra y las proyecciones que, toda ella, en su propio acontecer, lleva consigo. Rómulo Gallegos fue, por la fuerza incontrastable de su acción, por la claridad de su pensamiento, por la gallardía de su espíritu, por la nobleza, firmeza y valentía de sus principios, la más alta, la más vigorosa representación del intelecto venezolano de los últimos tiempos. En su austeridad proverbial, trasunto de dignidad y señorío —esa sensibilidad que aflora y se vuelca en su prosa—, se conjugaban a la par, la ponderación del educador y del maestro, la encarnación más cabal del decoro, de la hidalguía y de la lealtad, y el brillo caudaloso de su ingenio; ese ingenio donde la palabra, henchida de simbolismo y poesía —para bien de nuestras letras—, se apartó pronto de los límites del cuento para hallar después, en la novela, toda su más exacta expresión y, con ello, con alientos de perennidad, la consagración definitiva de su nombre.

En época de tormentosas revueltas, en Villa de Cura, ciudad que cabalga entre dos grandes porciones del suelo venezolano —la entrada de los Llanos con toda su imponente grandeza geográfica, y las ricas regiones del centro, de fértiles tierras, espejo fiel de lo que Andrés Bello retrató en su *Silva* a la Zona Tórrida—, nace el padre del novelista, don Rómulo Gallegos Osío. Eran días de asonadas guerrilleras y de levantiscas aventuras; de cacicazgos y banderías, de luchas en que pugnaban por tomar el poder los godos o conservadores, llamados **azules**, y los liberales, o **liberales amarillos**, como más propiamente les nombraban. Son revoluciones que surgen de la noche a la mañana hasta que llega, con el triunfo de la Federación, un joven caudillo, Antonio Guzmán Blanco, quien instaurará un largo gobierno autocrático y el asentamiento del Partido Liberal. Huyéndole a los rigores de los empobrecidos pueblos del interior y a los azares de las frecuentes guerras intestinas, la familia Gallegos se traslada a Caracas. Allí van naciendo los hijos. El mayor, Rómulo, como su padre, viene al mundo el 2 de agosto de 1884, y su infancia se desliza en aquella ciudad con aire provinciano, apegada aún a costumbres antañonas y a un discurrir tranquilo, todo lleno de reminiscencias coloniales. Guzmán Blanco, llamado luego el Autócrata Civilizador, va transformando la ciudad. Derriba templos y conventos, erige teatros, mercados, bulevares, organiza la hacienda, decreta la instrucción pública obligatoria, levanta edificios públicos y construye en el vecino burgo de Antímano su «palacio de invierno» —suerte de Versalles aldeano donde despacha con Ministros enlevitados y una pompa que quiere parecerse un poco a las genuflexiones palaciegas de la Corte del Segundo Imperio. A los 14 años ingresa al Colegio Sucre, regentado por el sabio doctor Sifontes, y, hallándose en ese plantel, muere su madre, doña Rita Freire Guruceaga. El dolor hiere su infancia y hace presa de su espíritu so-

ñador, lo que marcará en su sensibilidad de niño signos de su vehemente religiosidad. Estos signos los conservará durante toda su vida, y aunque fue un hombre abierto a todas las ideas sociales, un hombre que estaba por encima del bien y del mal, se reflejarán, en los años futuros, en la proverbial austeridad de su existencia. A poco se inscribe en la Universidad, terminado el Bachillerato, para cursar estudios de Leyes, las cuales ha de interrumpir prontamente, por necesidades familiares.

El joven Gallegos, ya ducho en latines y matemáticas, en gramática, literatura y filosofía, ejerce diversos menesteres para aliviar *un* poco las necesidades hogareñas que le acucian. La Venezuela en transición alimenta su inquietud junto con el cambio de ideas de los jóvenes universitarios de la capital. Surgen las primeras promociones de investigadores, historiadores y científicos. Se reacciona contra el falso romanticismo y el sentido epopéyico de los estudios históricos. En las tertulias veinteañeras su vida comienza a cobrar un nuevo sentido: el mundo trascendente de las ideas, la filosofía y la literatura. Cuatro eran sus amigos predilectos, con él, cinco. El mismo lo dice: «Eramos cinco con una misma posición ante la vida. Cuesta arriba, cuesta abajo, nos íbamos por los callejones de las haciendas de café, paseando nuestro cenáculo errante por todos los caminos. El Avila nos prestó los empinados sitios de sus cumbres para los elevados sueños...» Y ya, con el dolor profundo de la patria exhausta, dolida y sangrante por las cicatrices de sus guerras fratricidas y la opresión de la Dictadura, urdían sueños de libertad y de justicia, ávidos de reivindicaciones sociales, imaginando —lo dice él mismo— que con ellos comenzaba un mundo nuevo... Esos cinco cruzados del ideal se llamaban Rómulo Gallegos, Julio Planchart, Enrique Soublette, Julio Horacio Rosales y Salustio González Rincones.

El 11 de enero de 1909 lanzan a la calle el primer número de «La Alborada», la revista que, no obstante su precaria vida, dejó una huella profunda en el mundo de las letras venezolanas aunque, más que una publicación de afirmación literaria, resultó ser una antorcha de orientación pública y política. Cónclave sereno en que se juntaban un crítico, un dramaturgo, un cuentista, un poeta y un novelista. Sólo aparecieron ocho entregas, la última de ellas, el 28 de marzo de 1909. No obstante, la cohesión del grupo literario que le dio vida se mantuvo firme hasta que las circunstancias inmutables de la vida los separaron: Enrique Soublette viaja hacia las Islas Canarias, donde había de morir; Salustio González Rincones se fue a París, Rosales se dedicó a ejercer la Judicatura y Julio Planchart —el único que siguió manteniendo contacto con Gallegos, aunque muy de tarde en tarde—, se entregó a sus actividades de educación, arte y literatura.

Durante un tiempo, Rómulo Gallegos hace vida de intensa comunicación literaria, comunicación que toma fuerzas en los días del Círculo de Bellas Artes, cuya influencia abarcaba por igual las Bellas Artes y la Literatura. Un gran artista venezolano, don Carlos Otero, a quien frecuentamos íntimamente unos dos años, aquí en Madrid, antes de irse a morir a su estudio de Baruta, perteneciente al grupo de los Pintores Disidentes que se rebeló en Caracas contra el magisterio de la Academia de Bellas Artes, nos relató muchas veces que aquélla no fue una agrupación exclusiva de artes plásticas, sino lugar de reunión de las más importantes figuras de las letras venezolanas de entonces. Las cotidianas tertulias, bien en el Círculo o en la Plaza Bolívar, eran cónclave de letrados, de pintores y de músicos. No sé si sobreviven algunos todavía, ya que los Key Ayala, los Manuel Segundo Sánchez, los Enrique de los Ríos, han desaparecido. Rómulo Gallegos, con los Planchart

—Julio y Enrique— y otros compañeros, era asiduo de esas reuniones. Allí —relata el poeta Fernando Paz Castillo— leyó muchas de sus páginas emotivas de ensayos y cuentos. Pintores, poetas y artistas extranjeros que llegaban a Caracas se sumaban a los jóvenes, como aquel extraño poeta mejicano José Juan Tablada o el enigmático ruso Nicolás Ferdinnandov, quienes aún se recuerdan en algunas exposiciones y páginas de arte caraqueñas.

Después de «La Alborada» toma conciencia en su espíritu y se expande, lo que dentro bullía con ocultas o detenidas fuerzas: su vocación de maestro y su mensaje de escritor. En enero de 1912 es designado Director del Colegio Federal de Varones de Barcelona, en el corazón del oriente venezolano. Aquella heroica ciudad había tenido antes un excepcional movimiento cultural pero ahora, por avatares de la política, la turbulencia de las revoluciones y la persecución implacable de que era objeto por parte del ególatra caudillo de Villa Zoila, primero; y, luego por su sucesor de La Mulera, había visto reducida su población a escasamente unos diez mil habitantes. Después de la desgraciada revuelta del bizarro General Nicolás Rolando, en la llamada Revolución Libertadora en que cayó vencido en los baluartes de Ciudad Bolívar, Castro desmembró el Gran Estado Bermúdez y sus secciones fueron convertidas en los Estados Anzoátegui, Sucre, Monagas y Nueva Esparta. Barcelona quedó reducida a la categoría inferior de **Cabeza de Sección**. Gallegos contaba a la sazón 28 años. Ante unos toscos bancos de madera, una tribuna burda, dos pizarrones, comienza en la vieja casona del Colegio sus funciones didácticas. Fugaz y desconsolador ejercicio de una misión que poco pudo realizar: apenas tres meses. Durante ese interregno contrae nupcias con su bella prometida, Teotiste Arocha Egui, en El Valle, representándolo, por poder, su padre. Pasa un informe al Ministro de Ins-

tracción Pública sobre el plantel y pide —por su deplorable estado y su desorganización— su clausura. Ante la gravedad de su padre regresa a Caracas y, a poco, cuando muere su progenitor, es designado Sub-Director del Colegio Federal de Varones.

No obstante su breve estancia en Barcelona, no hay duda de que le fue provechosa, pues le sirvió de almirez espiritual para la realización de su primera obra, publicada en 1920 con el título de **El Último Solar**, ya que, según Lowell Dunhan, las primeras ocho y media páginas del Capítulo VII son una versión, casi textual, del cuento suyo publicado con el título de «La Ciudad Muerta». Diez años después, en 1930, esta obra se edita en España con un nombre distinto y definitivo: **Reinaldo Solar**. Con ponderado criterio y claros razonamientos, el escritor venezolano Adolfo Rodríguez Rodríguez estudia la presencia del oriente venezolano en la obra de Rómulo Gallegos, principalmente de Barcelona con sus llanuras, sus litorales, sus ruinas. Ellas son —según apunta Rodríguez— escenario de símbolos dramáticos en «Reinaldo Solar», en «El Forastero» y en muchos de sus cuentos: allí vemos —agrega— barrancas de Uñare y sentimos pasar las guerrillas de Aragua de Barcelona y de Cantaura...

En esos tres meses, Gallegos hacía anotaciones de diálogos, muletillas, historias, y la imagen de la ciudad y sus gentes se quedó grabada en su ánimo. Allí se hizo patente en él, lo que el escritor René Girard ha dicho: **las grandes creaciones novelescas son siempre el fruto de una fascinación superada**. En su estudio citado, Rodríguez identifica a muchos hombres y lugares de Oriente en «El Milagro del Año» (vertido en cuento y pieza de teatro); en «La Ciudad muerta», en «Reinaldo Solar», en «Un Místico», en «El Forastero» y, aún mismo, en «La Trepadora».

Superada la anécdota vital de sus primeros años, donde se juntan la hora primigenia de «La Alborada», sus trabajos ensayísticos, su fugaz estancia en Barcelona y su boda con la noble mujer que habría de acompañarle durante 45 años, doña Teotiste, toman cuerpo, razón y prevalencia en su persona, lo que habría de ser imagen y constante de su vida entera: el educador, el maestro de juventudes, el creador literario, el novelista y el prócer civilista. Por esa imagen se plasma en él y va cobrando dimensiones lo que, por los caminos de las aulas y los libros, por el foro del Parlamento, el estrado municipal, su Gabinete Ejecutivo, el breve solio presidencial que detentó y el horizonte ilímite de su pueblo fue forjando, irreversiblemente, año tras año, su avasalladora, austera y noble personalidad.

Hasta 1918 realiza una positiva labor docente como Sub-Director del Colegio Federal de Caracas. De allí va con iguales funciones a la Escuela Normal, hasta que vuelve —esta vez como Director— al antiguo Instituto convertido ahora en Liceo Caracas. Y es aquí donde realiza su magna tarea de educador preparando a toda una valiosa generación de jóvenes a quienes lleva con sus enseñanzas, con su cátedra de moral y de civismo por el camino de fecundas realizaciones que recorrerían luego sus discípulos.

Hemos de sintetizar necesariamente, como brumas pinceladas, la caudalosa labor literaria del Maestro hasta llegar a sus obras fundamentales.

En pleno período de madurez física y con esa severa disciplina que siempre tuvo para sus estudios, para sus actividades literarias, para su acontecer humano, van transcurriendo los años siguientes a su breve estancia en Barcelona en una casi monótona e intrascendente acción. Son los días de la primera Guerra Europea. Caracas sigue siendo un poco aquella pequeña ciudad alegre y confiada de ambiente

colonial de nuestros padres, con sus grandes casas, sus frescos patios y corredores, sus viejos muros y claveteados portalones, en un discurrir callado, arrebujaada entre las nieblas decembrinas de su Avila, sus típicas calles empedradas, los pregones callejeros, las tertulias de la Plaza Bolívar y el chirriar de los tranvías que subían penosamente las cuestas de la Pastora o daban la vuelta por el Paraíso y Puente de Hierro. Gallegos, que trabaja afanosamente en sus actividades docentes, lleva algunas contabilidades comerciales, pero escribe poco. Apenas publica algunos cuentos. Por los años 18, asociado a Eduardo Coll, dirige la revista **Actualidades**, y cuando preparaba un número dedicado al Estado Aragua conoce al General Gómez en Maracay. Al viejo Dictador le simpatizó la figura del autor de «Doña Bárbara», libro que se hizo leer por su Secretario, doctor Requena. Comienza para él una época de intensa maduración literaria.

Después de sus artículos y ensayos aparece su primer libro: **Los Aventureros**, que es una recopilación de cuentos. En la gran revista «El Cojo Ilustrado» salen narraciones suyas. Escribe dos piezas de teatro, una de ellas, **El Milagro del Año**, es estrenada en Caracas con señalado éxito por la compañía Guadalupe Mendizábal, del Teatro Español, de Madrid. En la revista «Actualidades» se insertan sucesivamente 16 relatos suyos. En 1920 sale su primera novela, **El Último Solar**, que diez años después, como ya he dicho, es editada en España con el título de **Reinaldo Solar**. Dirige la «Novela Semanal», una publicación destinada a divulgar los nuevos escritores venezolanos. Allí se inserta su relato «Los Inmigrantes», y en la «Lectura Semanal», de José Rafael Pocaterra, publica su novelín «La Rebelión». Su otra novela de entonces. **El Forastero**, no se puede publicar hasta 1942. Ya el Maestro no volverá a escribir cuentos. Escribe, escribe siempre, pero frecuen-

temente rompe originales en la búsqueda constante de la superación. El Maestro cambiaba, pulía, rehacía y sacrificaba muchas veces páginas enteras de sus obras. Así aconteció con **El Encendedor de Fajones**, que nunca se llegó a publicar, y con **El Pasajero de la Plataforma de Atrás**. En 1925 sale a luz **La Trepadora**, que es recibida por la crítica con extraordinario fervor por su hondo contenido humano y con la cual —publicada cuando Gallegos era un hombre maduro de 41 años— culmina su primera fase de creación. Obra en que —según apunta Juan Liscano— obedece a ciertas directrices que señalan una continuidad constante entre sus ensayos, sus relatos cortos y sus novelas. La culminación de ese proceso será su propia acción como educador y hombre público. Queda atrás toda una etapa de ansias, de trabajos dispersos, de esa labor apasionada de los primeros años: «La Alborada», «El Cojo Ilustrado», «El Último Solar», «La Rebelión», «Los Inmigrantes». Con **La Trepadora** comienza la consagración de Rómulo Gallegos y el escritor conquista unánime respeto intelectual. Pero nada hacía presentir en esos días lo que sería después su verdadera consagración internacional como escritor: la aparición de **Doña Bárbara**. Todo lo que había sido en él pasión de aprendizaje en años anteriores y sacrificado proceso de formación, concluye fecundamente en esa obra, la más importante de la novelística continental. América ganaba por derecho propio un autor de talla universal, y Venezuela al más grande novelista de todos sus tiempos.

No por sabido vale la pena dejar de mencionar cómo fueron los prolegómenos de la creación de **Doña Bárbara**, que ha tenido aquí últimamente una gran notoriedad, por la escenificación que se hizo de dicha obra en la Televisión Española. En la Semana Santa de 1927 Rómulo viaja a los Llanos para documentarse en una novela que prepara y cuyos prime-

ros capítulos compusieron el novelín **La Rebelión**. La obra se titularía **La Casa de los Cedeño**. Al llegar a San Fernando, el contacto con la realidad llanera le impresiona profundamente. En el hato «La Candelaria» conoce a un señor de apellido Rodríguez, quien le relata cosas sorprendentes que le aguzan la imaginación. Le habla de Mier y Terán, un doctor en leyes que se internó en un hato de su propiedad y después de convertirlo en uno de los más ricos de la región, se aficiona a la bebida, cuyos excesos le arruinan, le arruinan físicamente y le convierten en casi una piltrafa humana; le dice también de los duelos personales y matanzas entre dos familias de terratenientes, los Manuit y los Belisario, y de la existencia de Francisca Vásquez, la **mujerona**, que era todo un hombre para jinetear caballos y enlazar toros cimarrones, codiciosa, supersticiosa, con fama de hechicera, sin grimas para quitarse de por delante a quien le estorbase... (Hemos de señalar entre paréntesis y como cita anecdótica que el poeta Andrés Eloy Blanco, cuando estuvo en Apure recién graduado, fue abogado de esa tal Francisca Vásquez, y parece ser que no era tan hermosa ni perversa, pero sí mujer de armas tomar. Vivía en un hato de su propiedad, amancebada con un llanero de garrací, blusa, alpargatas y catire, como José Antonio Páez, de quien se decía descendiente.) Gallegos, fascinado, se interesó por el personaje. Más tarde él mismo nos lo dirá: **Han pasado veintisiete años. Yo no me olvidaré nunca** (refiérese a Rodríguez) **de que él fue quien me presentó a Doña Bárbara. Desistí de la novela que estaba escribiendo, definitivamente inédita, ya... La mujerona, la devoradora de hombres se había apoderado de mí...**

De regreso a Caracas escribe de un tirón la novela «La Coronela». Fue esa la primera versión de Doña Bárbara. Vienen los sucesos estudiantiles del año 28. «La Coronela» se hallaba en prensa. De pron-

to ordena suspender el trabajo. Su esposa se encuentra enferma y el matrimonio resuelve ir a Italia, a Bolonia, donde es sometida a una intervención Doña Teotiste. Allí, durante la convalecencia, repasa los originales de «La Coronela». Trabaja incesantemente. Retornan por Barcelona y, revisada por última vez su obra, la entrega al editor Araluce. El 15 de febrero de 1929 aparece «Doña Bárbara». En septiembre la Asociación del Mejor Libro del Mes favorece con su voto a «Doña Bárbara». Integraban el Jurado José María Salaverría, Gabriel Miró, Ramón Pérez de Ayala, Ricardo Baeza, Azorín, Gómez de Baquero, Enrique Ruiz Canedo y Pedro Sainz, todos ellos presntantes figuras del movimiento literario español.

Doña Bárbara se constituyó, desde el momento mismo de su aparición, en una novela ejemplar. Nació con ella un nuevo camino para la narrativa hispánica. No fue, como afirma José Ramón Medina, un milagro literario en la historia de la novelística venezolana, pero sí la culminación genial de un vasto proceso que hundía sus raíces en las lejanas tentativas de la novela venezolana del siglo pasado, para ser luego realidad de aliento en los criollistas, en los modernistas y aún en los naturalistas posteriores. Ninguna de las novelas que se escribieron en nuestra tierra antes de «Doña Bárbara» poseía, como ésta, «solidez, equilibrio, ponderación, fogoso aliento poético, intensidad dramática». «Doña Bárbara» constituyó una síntesis y una culminación. «Doña Bárbara» —dice Juan Liscano— es una novela realística y poemática. También picaresca, descriptiva, costumbrista, folklórica, sociológica y dramática. El escritor español y miembro que fue del Jurado, Ricardo Baeza, la califica como novela realista y novela psicológica, novela de acción y novela de caracteres, y nuestro crítico y catedrático, Pedro Díaz Seijas, va aún más allá, al considerarla como una de las novelas más perfectas dentro de la literatura castellana,

afirmando luego que «su equilibrio, su sobriedad, corresponden a su linaje clásico».

Por eso trascendió las fronteras patrias adquiriendo vigencia universal. En aquella hora histórica de la vida del novelista, «Doña Bárbara» sirvió para que surgiera en el proceso literario de América un nuevo personaje avasallante en el campo de la narrativa: «el paisaje llanero, la naturaleza bravia, forjadora de hombres recios. Aquel paisaje hermoso y desolador del Llano. Aquel mundo de inmensidad, de bravura y de melancolía». Esa tierra que ya había comenzado a ver Rómulo Gallegos cuando emprendió su viaje al Llano en plena sequía, recorriendo caminos polvorientos y cruzando caños en improvisadas balsas. El propio Gallegos lo dice cuando llega de San Fernando y evoca «el ancho río, el cálido ambiente llanero de aire y de cordialidad humana. Alguna ceja de palmar, allá en el horizonte; tal vez un relincho de caballo salvaje a lo lejos, respondiéndole quizá, a un bramido de toro cimarrón y, también, cerca de nosotros —dice el Maestro—, un melancólico canto de soisola... **Tierra ancha y tendida, toda horizontes, como la esperanza; toda caminos como la voluntad...**

Por la obligada concisión a que debemos someternos en esta charla, hemos querido señalar con un comentario más extenso la obra más celebrada de Rómulo Gallegos, **Doña Bárbara**, pero pasando, casi sin tocarlo, el desarrollo de su otra obra de creación. El Maestro tiene, además de **Reinaldo Solar** y **Doña Bárbara**, a quienes nos hemos referido, como libros fundamentales suyos, a **La Trepadora**, publicada en 1925; **Cantaclaro**, en 1934; **Canaima**, en 1935; **Pobre Negro**, en 1937; **El Forastero**, en 1942; **Sobre la Misma Tierra**, en 1943. Luego vienen **La Brizna de Paja en el Viento**, en 1952, en La Habana, y **La Brasa en el pico del cuervo**, escrita en México en 1953.

De la copiosa bibliografía que existe sobre su obra, tanto de las más calificadas plumas venezolanas como de escritores, críticos y especialistas de literatura americana en el extranjero, podría glosaros, así fuera superficialmente, conceptos sobre su extraordinario quehacer, los cuales le consideran —y aquí no cabe ditirambo— como uno de los más grandes novelistas del Continente americano, y alguno de ellos, además, señala su obra como «la más importante, en su conjunto, en toda la historia de la literatura venezolana y, por extensión, de la novelística hispanoamericana». Esta frase que copio textualmente es del gran escritor del sur Hugo Emilio Pedemonte. El crítico Juan Liscano considera que la obra de Rómulo Gallegos se presenta como un ciclo, como un conjunto de escritos comunicantes entre sí y alimentados por motivaciones permanentes, y no como una sucesión de textos interdependientes unos de otros. Es decir, que los temas y personajes se repiten o reaparecen en el desarrollo de sus diversas novelas.

Sin embargo, vale la pena que nos refiramos, apenas como una mínima pincelada, sobre algunas de estas obras. **La Trepadora**, por ejemplo, está considerada como la primera novela genuinamente venezolana. Las anteriores, harto conocidas, pecaban por un exceso de elementos folklóricos. Les faltaba estructura, unidad, dicho sea sin lastimar obras como Zarate, **Peonía** o **Todo un Pueblo**, las cuales, con todas sus posibles deficiencias influyeron un poco en la formación de Gallegos. El Maestro dijo en ocasiones que **Doña Bárbara** era su mejor novela, la que tuvo mayor difusión y estaba mejor lograda. Pero a él le gustaba más **Cantaclaro**. En esta novela, también sobre el Llano, la imagen está cubierta de una como impalpable fronda de lirismo, de poesía. **Doña Bárbara** es pura acción, fuego, trazo firme y emocionado. **Cantaclaro** es leyenda, sueño, hopalandas de

ternura ceñidas a la fábula de un mundo que se pierde en las soledades del paisaje abierto, de los horizontes sin límites y, también, un poco, en la pobreza y el abandono.

Una gran novelista venezolana, Lucila Palacios, afirma que después de **Doña Bárbara**, **Cantaclaro** y **Canaima** ya no podría existir ni continuar la novela venezolana sin estas creaciones. **Canaima** es considerada por muchos la obra culminante del Maestro. En un inmenso salto, el novelista se interna de los llanos al mundo tremendo y angustioso de la selva. El crítico Pedro Díaz Seijas afirma que en esta obra, como en **La Vorágine**, de Pedro Eustasio Rivera, se siente la fuerza demoníaca de los bosques tropicales con toda su magnífica grandeza y majestad. Tres novelas: **Pobre Negro**, **El Forastero** y **Sobre la Misma Tierra**, proyectan al novelista hacia nuevos horizontes. En la primera, por el estímulo psicológico de los personajes, que convierte a la obra en una novela-símbolo, saturada de idealismo y sobresaliente belleza; en la segunda, porque el paisaje desaparece por completo y se proyectan, en cambio, las cuestiones sociales; y en la tercera, porque la trama, que se desenvuelve en una de las regiones más ricas de la geografía venezolana, el Zulia, la tierra del petróleo, y en la Guagira, es fascinante y, también, por su hondo contenido social. En **La Brizna de Paja en el Viento**, escrita cuando Rómulo Gallegos se hallaba en el exilio, en Cuba, aparece de nuevo el escritor lírico, en medio de una sobriedad y equilibrio admirables. Anotaba Arturo Torres Rioseco, que al Maestro le gustaba mucho insistir sobre los mismos personajes y encontraba que algunos de esta última novela, podían identificarse con otros de **La Trepadora** o **El Forastero**. En estas obras se halla presente «el estilo perfecto, la madurez dorada y la extraordinaria sensibilidad del Maestro».

Después de este breve recorrido que hemos hecho sobre la obra de Rómulo Gallegos con ligeras imágenes de su condición humana y algún recuento anecdótico, nos hallamos ante un panorama que podría llenar, él sólo, la figura de cualquiera otra existencia extraordinaria, como podrían ser sus actividades en el campo de la política, sus exilios, su serenidad de apóstol y maestro de juventudes en sus últimos años y, finalmente su muerte, de la que han transcurrido apenas nueve años, mas la obligada limitación del tiempo nos impide discurrir detenidamente sobre ello.

Rómulo Gallegos amó profundamente a España. En esta tierra pasó varios años. En 1930, en Barcelona, publica su novela **Reinaldo Solar**, que es una segunda edición de su primer libro titulado entonces **El Ultimo Solar**. Después, en la misma ciudad, sale a luz **Doña Bárbara** que, como ya hemos dicho, fue calificada como el mejor libro del mes. Pasa dos o tres veranos en Galicia y algún tiempo en Madrid. El escritor mejicano Andrés Iduarte, que le conoció y frecuentó mucho en esos días, escribió un magnífico trabajo sobre su estancia madrileña. El formaba parte, junto con otros jóvenes venezolanos y españoles del grupo que le veía y acompañaba siempre. Vivió el Maestro en el barrio estudiantil de Argüelles en la llamada Casa de las Flores, por la calle de Hilarión Eslava, que quedó reducida a escombros durante la guerra civil. La colonia venezolana antigomecista que vivía aquí, le seguía con devoción, como Gonzalo Barrios —hoy Presidente del Congreso Nacional— los hermanos García Maldonado, Juan Oropeza, Nelson Himiob y otros. Solían llegar a cada momento, estudiantes venezolanos procedentes de Barcelona, París, Nueva York, y hombres maduros, familias enteras que huían de Venezuela ante la dictadura de Gómez y se acercaban a él como un símbolo y una esperanza de libertad. Frecuentaba poco el mundo literario,

aunque sí, museos y bibliotecas. Entre sus pocos —aunque dilectos amigos españoles— hallábanse Gabriel Miró, Ricardo Baeza, Salaverría, Gómez de Saquero, Ramón Pérez de Ayala y Alberto Fernández Mezquita. Esa fue su vida española: de estudios, de sosiego espiritual, humildísima en todos sus aspectos. Un día le sorprende la muerte de Gómez, acaecida en diciembre de 1935. Pronto se abrirá para él!, una nueva etapa llena de trascendencia humana, política y social, cuando entonces se reincorpora a la patria. Atrás quedaban sus días de Barcelona y su larga estancia en Beluse, la bella región gallega donde pasó varios veranos y terminó sus novelas **Ganaima** y **Pobre Negro**.

Llamado por el General López Contreras que sucedió en el Gobierno, a Gómez, es designado Ministro de Educación. Eran días anárquicos. Su nombramiento se tomó como una concesión a la izquierda que Gallegos representaba. Pero todavía tenían fuerzas los corifeos de la dictadura, los Pérez Soto, los Galavís, los León Jurado. Con Gallegos estaba Mariano Picón Salas que trajo a muchos técnicos extranjeros, particularmente chilenos. Duró escasamente tres meses en el Ministerio. Vuelve a lo suyo y concluye su novela **Pobre Negro**, que publica en 1937. Postulado por la oposición, sale electo Diputado al Congreso por el período 1937-1940. Ejerce la Presidencia del Concejo Municipal de Caracas, y el 14 de diciembre de 1947, en las primeras elecciones libres efectuadas en el país, sale electo Presidente de la República. Contaba 63 años. El 15 de febrero siguiente toma posesión en medio de las aclamaciones populares y la masiva presencia de escritores y delegaciones representantes de treinta naciones. Escasos meses duró en el Poder. Un movimiento subversivo encabezado por militares derriba al régimen constitucional. Con espartano estoicismo, se negó a renunciar. Fue hecho prisionero y enviado al exterior con su familia, exiliándose en Cuba.

Se repetía, por segunda vez, su ostracismo. El primero, cuando Gómez. En aquellos días, habiendo sido electo Senador por el Estado Apure, por una maniobra del Ministro Rubén González para sumar a la corte de áulicos del viejo Dictador, el nombre digno de Gallegos, éste sintió que se derrumbarían sus más nobles ideas si aceptaba esa designación, que consideraba espuria y una avilantez. Pero, si lo hacía en Caracas, iría a la cárcel. Dejó pasar los días, no se incorpora al Senado y se va, exiliado voluntario, con un pretexto cualquiera a los Estados Unidos. Desde Nueva York envía una carta al Presidente del Congreso que es todo un dechado de dignidad humana renunciando a su representación y a la jerarquía de Senador.

Durante su largo destierro recibe muchas pruebas de afecto y homenajes. Viaja a Costa Rica, a Guatemala y a México donde se radica en julio de 1949. Se instala en Cuernavaca donde se hallan exiliados otros ilustres venezolanos, como Andrés Eloy Blanco, y en 1950 pasa por el inmenso dolor del fallecimiento de su esposa, doña Teotiste, ocurrido en las Lomas de Chapultepec, de la capital, el 7 de septiembre. Fue, sin duda, la pena más dura que sufrió en toda su existencia. En una desgarradora carta que escribe al hermano de su mujer, Juan Arocha Egui, le dice: «¿Será necesario que yo les diga de qué magnitud es mi dolor? Fueron cuarenta y cinco años de contemplación, mis ojos puestos en la dulce imagen con inolvidable amor como en el día de la primera mirada, 1.º de septiembre de 1905», y agrega: «... Pocas mujeres habrán llenado tanto la vida de un hombre como ella, la mía, con su ternura, su bondad, con su hermosa abnegación, su admirable entereza de ánimo en los trances difíciles y su fácil e inmensa capacidad de sacrificio, tanto en el ordinario momento de todos los días, así en la fortuna como en la adversidad, cual es la hora dramática de las determi-

naciones decisivas de un destino»... para expresar finalmente: «... A la serenidad de su recuerdo en mi espíritu, le confío yo el decoro con que debo llegar al término de mi vida...». El cadáver de su esposa fue embalsamado y depositado en una Capilla del Panteón Español adonde acudía a diario para verla y meditar amorosamente frente a ella. Cuando doña Teotiste murió, depositó todo su afecto en sus hijos adoptivos, Sonia y Alexis, huérfanos de un sobrino de doña Teotiste y levantados por María Arocha, su hermana. Con la ternura y amor de esos niños halló su espíritu apesadumbrado el lenitivo que le hacía falta a su tremenda soledad. Permanece en México hasta 1958 en que, derrocada la dictadura perezjime-nista por el pueblo, regresa a Venezuela, ungido por el recuerdo y el reconocimiento unánime de su Pa-tria.

Es el dos de marzo. El sacudimiento que produjo en todo el territorio nacional el derrocamiento del régimen dictatorial que sufría el país, se halla todavía en plena efervescencia. Después de ese desmo-ronamiento brota en las gentes un ansia incontenible de libertad y de acción reconstructiva. Alcanzada ya la estabilidad democrática, día a día se incorporan a la Nación los miles de compatriotas que habían pa-decido horas dolorosas de sacrificio en el exilio. En medio de una gran expectación llega al aeropuerto de Maiquetía, Rómulo Gallegos. Trae consigo los res-tos de su esposa. Un millarada de persona acude a recibirlo. Desciende del avión, saluda a la multitud y se inicia la caravana hacia Caracas presidida por altos cargos del Gobierno. Ya no son mil ni dos mil personas quienes le acompañan, acaso veinte o treinta mil almas. Es el pueblo, su pueblo, las mujeres humildes, los obreros, los niños azotacalles, y cuando el ataúd, en un instante de sobrecogedora emo-ción es depositado en la fosa, un inmenso silencio impresionante selló la patética escena. Altos digna-

tarios, como el Ex-Presidente de la República López Contreras le abrazan conmovidos. En el aire, con un cielo opaco, sin sol y sin azules, se humedece la ceniza de un llanto que el Maestro, de frente ante la gravedad sin mentiras de la muerte, le borbota en el pecho y no puede, siquiera, derramar...

Rómulo Gallegos, otra vez en la patria sufre una tremenda depresión espiritual y, preso de melancolía, sólo halla un poco de consuelo en el amor de sus hijos y en la veneración y afecto de sus compatriotas. Como compensación —generosa y noble compensación— se inician en su honor infinidad de homenajes y distinciones. Varias Universidades le hacen Doctor Honoris Causa. Es dado su nombre a lugares públicos en todo el país. En el Estado Guárico se le erige un busto. El Gobierno de la Argentina le otorga la Gran Cruz de la Orden de San Martín. A las promociones de profesores y maestros de toda la República, graduados ese año, se les da, por disposición del Ministerio de Educación, el nombre de Rómulo Gallegos. Se le concede el Premio Nacional de Literatura y es elegido Miembro de la Academia de la Lengua. Algunas Universidades, Academias, la Asociación de Escritores y gremios profesionales presentan su candidatura para el Premio Nobel. Se editan sus obras completas. El Gobierno del Perú le otorga la Orden del Sol. Aún se hallaba fuerte y gozaba de buena salud en sus 75 años. Pero, no obstante, no tiene alientos para escribir. En 1961, sufre un infarto. Repuesto, viaja ese mismo año a Roma donde pronuncia el Discurso de Orden en la inauguración de la estatua del Libertador. El 2 de agosto de 1964, al cumplir los 80 años recibe un hermoso homenaje de entidades oficiales y culturales de Venezuela y de toda América. Pero, ahora sí es un hombre acabado. Por un milagro de voluntad apenas sacaba alientos de su organismo deshecho. Se extingue su vida. No puede escribir y apenas sale de la casa. Allí le

visitan sus amigos y las Delegaciones que vienen del interior o de corporaciones extranjeras. Sonia, la abnegada hija, no se le separa un instante. A veces le lee páginas de sus libros. Al pie del Avila, en la Urbanización Los Palos Grandes, está su hogar. En las mañanas, cuando la neblina caracolea por las faldas del monte y por las veredas de inverosímil estrechez bajan los mozos que traen de Galipán sus jumentos cargados de claveles, de gladiolas y azucenas, el Maestro siente el aire fresco y madrugador de la montaña. A veces, como en las descripciones de Manuel Díaz Rodríguez, llega hasta su lecho el perfume de los ceibos y apamates florecidos, o el fuerte olor de jazmín de los barbechos cuando, en los canjilones de alguna hacienda cercana, mojada por el rocío del alba, abre sus pétalos la rosa escarlata del café. Son los alientos últimos del astro que se apaga. La agonía del cóndor cuando aletea en la abrupta cumbre, sobre la nieve del invierno, el oro mortecino de la gloria.

Y todo concluye cuando en la madrugada del 5 de abril de 1969, al extinguirse en los templos las últimas luminarias del Viernes Santo, con el estoicismo de los filósofos de la antigua Grecia, como transcurrió su existencia de escritor, de maestro, y, fugazmente, de político, duerme su sueño postrero y se enfrenta cara a cara con la muerte.

Aun cuando su fallecimiento era esperado por su grave estado de salud, la noticia se expandió por toda Venezuela con la velocidad de la luz. En Caracas, su ciudad natal, se sentía un halo de profunda tristeza. En las barriadas, en las chabolas de la periferia, en los institutos de cultura, en las universidades, en las redacciones de los periódicos, en las Academias, unos y otros se abrazan, estremecidos, por el duelo común que les afecta. En su residencia, la quinta SONIA, el aire mueve quejumbres y viste de apaci-

bles banderas vegetales sus jardines. El aposento exhala un aroma que se mezcla con el olor de los cirios y el eco, ungido de congoja, de los rezos que confortan su último aliento.

Llegan los primeros visitantes. El Presidente de la República, doctor Rafael Caldera. Lilina Iturbe, viuda de Andrés Eloy Blanco junto con Cecilia Olavarría, que acompañaba a este poeta en el mismo coche del accidente mortal. Carlos Guinand Baldó, Gobernador del Distrito Federal, un sacerdote, el Padre Isaias Ojeda, el hermano del Maestro, don Pedro Gallegos, su entrañable y leal amigo, Ricardo Montilla, el Canciller Arístides Calvani y buenas gentes amigas de la vecindad.

En las calles comienzan a enlutar los balcones. El Gobierno decreta Duelo Público. La radio transmite al mundo entero la noticia. Todos los diarios, en un extraordinario despliegue informativo, llenan sus páginas con fotografías y artículos sobre el Maestro. Y con gran solemnidad se traslada poco después el cadáver a la Capilla Ardiente instalada en el Salón Elíptico del Capitolio Nacional.

En torno al catafalco montan guardia los cadetes de las Fuerzas Armadas y los relevos de los Altos Miembros del Gobierno. Allí están también, con su noble y muda presencia, las Condecoraciones, la Banda Presidencial, los Pergaminos de Academias y Universidades y una edición especial, primorosa joya bibliográfica, de Doña Bárbara. Al día siguiente se celebran las honras fúnebres que preside el Primer Magistrado y quien pronuncia un discurso que traduce el sentimiento de pesar del Gobierno y pueblo de Venezuela; Monseñor Pellín, su amigo personal y austero vicario de Cristo, no puede contener las lágrimas. Hablan también el Ex-Presidente Leoni, el Presidente del Congreso, José Antonio Pérez Díaz y el del Concejo Municipal de Caracas, Rafael Domínguez Sisco. Al salir el féretro que cargaban sobre

sus hombros Raúl Leoni, Jóvito Villalba y sus hijos Sonia y Alexis, en primer término, el pueblo que esperaba en la calle en noble vela desde la noche anterior, casi arrebató el ataúd para llevarlo en procesión cívica hasta su reposo final del Cementerio.

Allí, la última despedida, al lado de la tumba que guarda los restos de su esposa. Hablan el escritor y académico José Nucete Sardi y el poeta Luis Pastori, que preside la Asociación de Escritores Venezolanos, y a nombre del Partido Acción Democrática, fundado por Gallegos, Rómulo Betancourt, Gonzalo Barrios, otros compatriotas y su Secretario General, hoy Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez.

Y esto es todo, señoras y caballeros. En este breve paseo dialogado he querido ofrecer una imagen de ese integérrimo hombre de letras que se llamó Rómulo Gallegos. Una de las figuras más brillantes de la narrativa hispanoamericana. Un apóstol del civismo. Un ciudadano ejemplar. Aquí, en estos instantes, en esta noble casa de la cultura que es el Ateneo de Madrid, hemos sentido palpitar un poco el corazón de Venezuela, no con palabras de silencio emocionado, sino como las que, en nombre de la Historia, cabalga sobre piedras de amor y de recuerdo y se va, camino de la Gracia, para recoger con su ejemplo la más pura, la más hermosa, la más gallarda lección de humanidad.

Muchas gracias.